

Segunda Piel

Entre contenedores esquinados en olvidados callejones oscuros, donde el perezoso aire enrarecido e impregnado de orín se asienta, se puede encontrar a un inquilino muy reciente, llamado, de nombre o apodo, Buxter. Nunca supo qué hacer con su vida, no recibió tampoco muchos apoyos y a sus desorientados veintitrés años se desprendió de toda responsabilidad acudiendo a la infame desidia, reptando con disimulo entre los ocupantes de este mundo que tan poco le han apoyado.

No tardó en acostumbrarse a esta vida. Mantiene ayuno en palabras, acompañado de un generoso ascetismo y una excesiva frugalidad en higiene. Acomodado en una sedentaria posición, sólo se aparta del asentamiento para la recolección de alimentos, cuando en sus vecinos contenedores no hay suficientes.

Dentro de su recorrido habitual, la comida escasea y tiene que cubrir una distancia mayor a la prevista en sus pesquisas. Removiendo unos contenedores, pisa una de las bolsas de basura que se encuentran a sus pies y la revienta como una fruta madura esparciendo su contenido. Un par de pantalones, varias camisetas y una cazadora cubren el suelo a sus pies. Se agacha y mira el descubrimiento mientras reflexiona sobre su

perjudicada indumentaria. La decisión no se demora mucho, recoge la bolsa junto con algunos restos del contenedor.

Ya en su asentamiento, se prueba la ropa después de comerse las piltrafas encontradas. Aunque el anterior propietario se aproxima a su altura, vestida esta deja patente su delgadez. Se enorgullece de su descubrimiento previendo sus necesidades en el próximo invierno y se acuesta con una sonrisa.

Durante la noche, los sueños le fluyen vívidos, llenos de experiencias ajenas entre personajes desconocidos. Buxter no acostumbraba a soñar y, con el tiempo, derrotado y a merced del inseparable marasmo, sus sueños se desvanecieron por completo. Este reencuentro con el mundo onírico aviva una pequeña llama en su interior, que le ata en el sueño largo tiempo, viviendo esta vida foránea.

Al despertar, se descubre sonriente, agradecido por ser propietario, durante un relativo largo plazo, de una existencia plena. Los días se suceden y Buxter de nuevo se ve conminado por su pertinaz apatía. Pero antes de que le alcance, se precipita en una torpe carrera hacia el alejado contenedor donde tropezó con la bolsa llena de experiencias.

Bajo el contenedor, se agolpan las bolsas de basura: unas de color negro; otras grises, reflejan la tenue luz de la tarde, plenas algunas, como si fuesen ciruelas frescas, y otras más vacías, cual higos cubiertos del rocío de la mañana. Otras bolsas más pequeñas, las que menos, blancas con dibujos de

colores, completan este desesperante panorama. Buxter, amenazado, inicia exasperadamente la acción agresiva de aplastar las bolsas una a una. El ritual no recoge sus frutos hasta desparramar al menos más de la mitad estas. Agachado, comprueba el contenido deseado de la última bolsa pisada y continúa con el ritual, esperando encontrar más vidas por vivir.

Finalmente, después de esparcir el contenido de todas las bolsas, grandes, pequeñas, grises, negras y blancas con dibujos, Buxter no consigue retener su ansiedad y se desnuda por completo para cubrir su cuerpo con otra vida ajena. Esta vez, representada por unas camisetas y unos tejanos rasgados por las rodillas. Forma un apresurado hatillo con el resto de los trofeos y escapa hacia su asentamiento ávido de incautar, durante un tiempo, la vida de otro. Con la excitación, la inmersión en otra existencia no se hace esperar, le golpea unas calles antes de alcanzar su asentamiento, con fragmentos de una serie de eventos mundanos. Al llegar, se tiende sobre el colchón de cartones y trapos, tratando de completar la zambullida.

Varias semanas de amores, desengaños, aventuras, fiestas y peleas terminan por consumirse. Cada una de las distintas existencias transmitidas perecían ante el apremiante marasmo. La desesperación por seguir vivo le lleva de nuevo hacia donde las bolsas se amontonan, esperando ser descubiertas. Al llegar, sin preámbulos de duda, salta sobre todas ellas. Esta vez, ninguna de esas frutas ofrece el elixir de la vida.

Asustado por el desaliento, vanguardia de la apatía, arranca a correr en un camino sin más rumbo que una vida: su propia vida. Salta sobre todos los contenedores que encuentra. Los más endebles son derribados derramando un contenido pútrido. Los más robustos, impasibles a su voluntad, no ofrecen la menor piedad. Horas más tarde, abatido, siente cómo la atonía inicia su proceso agarrándole de las piernas. Desubicado, arrastrando los pies, toma la ruta de retorno hacia su asentamiento, esperando terminar sus días allí. Durante el trayecto, la densa apatía le cubre el cuerpo, ralentizando todo su ser, encorvando su silueta. En el ocaso, Buxter, sumido en un profundo marasmo, se reencuentra con esa esquina a la que llama hogar. Comba algo más su silueta, manteniendo el ritmo de su arrastrado paso hasta tocar con las manos en el suelo, luego con las rodillas y acaba por desplomarse sin brusquedad sobre la yacija. Oscurece su mente al cerrar los ojos y permanece en ese estado esperando que la apatía le dé señales de tregua.

Al abrir los ojos, observa el día proyectado sobre el muro del callejón como un rectángulo ámbar desplazándose lentamente y deformándose. Ensimismado por el entretenimiento, permanece acostado, sin hambre, sin sed. El rectángulo va ensanchándose por el extremo superior y estrechándose en el inferior. La proyección se estira a media tarde, atreviéndose a rotar, inclinándose delicadamente hacia un costado del callejón. Buxter tarda un tiempo en descubrir que bajo el

resplandor ámbar reposa una bolsa negra. Sin pasión, gatea hasta ella, se sienta en el suelo a su lado y la rasga con mano abúlica. La luz de la tarde se posa sobre su rostro, cegándole, cuando su descuidada mano abierta reposa sobre el contenido de la bolsa que queda al aire. Una repentina lucidez explota en su interior.

Una reencontrada ansiedad le ataca. Empieza a desnudarse con ineptitud, alterándose en cada atranque, arrojando sus ropajes con indolencia. Con idéntica habilidad y desasosiego, empieza a vestirse. Esta vez, percibe sensaciones desde el principio, deteniendo los temblores y encontrándose de pie cubierto únicamente por una camisa a medio abotonar.

Los días pasan sin el acecho de la apatía. Vuelve a soñar, dormido y despierto. La vida del antiguo inquilino le pertenece, se incorpora de tal forma a él que se identifica con ella, sin fisuras. No se sorprende cuando planifica una nueva vida, recostada por la inercia de la que ha asumido como suya. Ante momentos de duda, atiende a la vida ajena encontrando en ella siempre una respuesta. Obtiene un trabajo, alquila una habitación, se relaciona con la gente y, aunque amplía su vestuario, siempre lleva con él una de las prendas.

Por las noches, soñando, revive su vida ajena, tomando notas mentales, aplaudiendo decisiones y esperando despertar para usarlas como guía. Con el tiempo acelera imperceptiblemente su ritmo entrando en armonía con el sueño. Ya son uno.

Después de algún tiempo, acomodado, dormido, es golpeado por una explosión de imágenes inesperadas. En él siente un constante acecho. Imágenes apresuradas alborotan su onírica existencia. El acecho se torna persecución. La oscuridad de las escenas se mezcla con destellos cegadores. El ruido de tráfico desvela parte del contexto y se detiene aclarando las figuras. Dos imágenes se alternan: tráfico y luego varios hombres corriendo, tráfico y luego varios hombres corriendo. Un fuerte golpe, cristales rotos y la oscuridad.

Se despierta alterado por las imágenes. Cansado, aturdido por el sueño, se levanta cerril. Enojándose a cada paso, dejando que la frustración se apodere de él. Sin darse cuenta acelera los pasos hasta encontrarse frente al arroyo del tráfico nocturno. Su abandono es total. No escucha los gritos, las advertencias. Solo percibe el estruendo del tráfico y luego varios hombres corriendo. Su última sensación es un golpe fuerte, acompañado de cristales rotos y, finalmente, oscuridad.